

# LA JUVENTUD SALVADOREÑA.

REVISTA MENSUAL

DE LA

SOCIEDAD CIENTIFICO-LITERARIA DEL MISMO NOMBRE.

ADMINISTRADOR Y EDITOR RESPONSABLE,

FERMIN BAYONA.

**TOMO III. — NUMERO 2.**

## SUMARIO

Las Pasiones, por Juan Bértis — II. La Juventud y la vejez (poesía), por Vicenta Laparra de la Cerda — III. Las Leyes y las costumbres, por Víctor M. Jerez — IV. En una Altura (poesía), por Antonia Galindo — V. Un Libro nuevo — VI. En el Album de Mila (poesía), por Doroteo Fonseca — VII. Los Parásitos, por Samuel Ortiz — VIII. En dos Albums (poesías), por Paul — IX. Literatura patria, por Arturo — X. Los Héroes de Shakespeare (poesías), por Manuel Reina — XI. La Ciencia y el Arte de la Educación, por Jesús Díaz de León — XII. Notas — XIII. Miscelánea.

Redacción y Administración: Calle de La-Libertad, núm. 69.



SAN SALVADOR—IMPRESA NACIONAL, CALLE DE LA AURORA, 12.

Noviembre 20 de 1890.

# PERSONAL DE LA SOCIEDAD.

## JUNTA DIRECTIVA.

Presidente	D.	Doroteo Fonseca.
1 <sup>er</sup> Vocal	„	Rafael E. Chávez.
2 <sup>o</sup> „	„	Francisco Dueñas.
Tesorero	„	Adrián García.
Fiscal	„	Miguel Dueñas.
1 <sup>er</sup> Secretario	„	Juan Mena.
2 <sup>o</sup> „	„	Fidel Antonio Novoa.

## SOCIO HONORARIO,

Dector Don Esteban Castro.

## SOCIOS ACTIVOS

Br. D.	Víctor M. Jerez.	Br. D.	Esteban C. Roque.
„	Fermín Bayona.	„	Abraham Chavarría.
„	David A. Payés.	„	Nazario Salaverría.
„	Juan Gomar.	„	Lisandro Blandón.
„	Nicolás Leiva.	„	Francisco Espinal
Dr.	Francisco Martínez Suárez.	Dr.	Guadalupe Ramírez.
„	Horacio Rómulo Jarquín.	„	Francisco Gutiérrez.

## SOCIOS CORRESPONSALES

Doña	Vicenta Laparra de la Cerda	Srita.	Josefa Carrasco.
Srita.	Antonia Galindo	Lic. D.	J. Fermín Aycinena.
Br. D.	Salvador Flamenco.	Dr.	Rubén Rivera.
„	Adolfo Castro.	„	Abraham Rivera.
„	Baltasar Parada.	„	Francisco A. Reyes.
Dr.	Simeón Eduardo.	„	Carlos A. Imendia
„	Carlos Dárdano.	„	Anselmo Valdés
„	Ramón P. Molina		

# LA JUVENTUD SALVADOREÑA.

REVISTA MENSUAL

DE LA SOCIEDAD CIENTÍFICO-LITERARIA DEL MISMO NOMBRE.

COMISIÓN REDACTORA:

Doroteo Fonseca,

Victor M. Jerez,

Francisco Dueñas.

TOMO III | SAN SALVADOR, NOVIEMBRE DE 1890. | NUM. 2

## LAS PASIONES

La voz pasión, según su etimología, indica un padecimiento, ó á lo menos una emoción causada en nosotros, bien por la impresión del exterior, bien por un impulso engendrado en nuestro interior.— En ambos casos esta emoción afecta más ó menos el cerebro, órgano intermedio entre el alma y el cuerpo, y del cerebro irradia á todos los puntos del organismo por medio de numerosos conductores llamados nervios.

“Todas las afecciones vivas, todas las pasiones, dice Descuret, tienen el triste privilegio de hacer enfermar el cuerpo y el espíritu; y de ahí el emplear promiscuamente aquellas dos voces hablando de lo físico y de lo moral: así se dice que las afecciones orgánicas del corazón son á menudo resultado de afecciones morales.”

“Las pasiones, dicen algunos autores, se llaman tales porque el hombre no se las dá, sino que las recibe, está sometido á su acción y desempeña un papel pasivo.”

“Damos el nombre de pasiones, dice Bergier, á las inclinaciones y

tendencias naturales extremadas, porque sus movimientos no son voluntarios: el hombre es puramente pasivo cuando los experimenta; y no es activo sino cuando las consiente ó las reprime.”

Estando los etimologistas acordes en punto á la etimología de la palabra; veamos cuál es la filiación de las pasiones.

Hay en el hombre un sentimiento innato, un instinto universal que se desarrolla en todo el sistema de la vida y se trasparenta en el curso de nuestras diferentes relaciones y en el ejercicio de nuestras facultades, un instinto, ó si se quiere una propensión, de que nadie se halla exento. ¿Cual? *el amor de sí mismo*. Este sentimiento propensión ó instinto contiene como en germen todas las pasiones, y por consiguiente, todos sus objetos, sus principios y sus direcciones, en suma todos los vicios y todas las virtudes. ¿Por qué? porque así como el amor de nosotros mismos bien entendido es el que ha servido á Dios para determinar con exactitud la esfera de nuestros deberes, en el hecho de resumirlos todos en la ley que nos manda amarle á Él

sobre todas las cosas y á los demás como á nosotros mismos; así también ese amor pervertido en su principio, extraviado en su dirección y prostituído en sus objetos, es el que sirve de explicación al filósofo para señalar la primera causa de las inclinaciones perversas, de las pasiones malas y de los hábitos viciosos.

El amor de nosotros mismos desarrolla tres propensiones en el alma; primera, la de la preferencia; segunda, la del placer; tercera la de la aversión al dolor.

La preferencia, tiene un término lícito y un término inmoral. Cuando nos preferimos nosotros sobre los seres materiales ó físicos, y también en el sentido de nuestra felicidad, contra los impulsos que tienden á extraviarnos; el amor de nosotros mismos es lo que debe ser; es un estímulo noble y generoso que Dios ha puesto en el corazón, como una garantía para la felicidad. Pero cuando no viendo en el mundo más que á nosotros mismos queremos sobreponernos á todo y no subalternarnos á nada, el sentimiento de que hablamos se deprava y corrompe, viuiendo á ser la primera raíz de todos los vicios. La propensión desarreglada de la preferencia propia, cuando se explica en el sentido de someterlo todo á sí mismo, se llama *soberbia*; y cuando se explica en el sentido de no subalternarse á nada, se llama *orgullo*.

La soberbia y el orgullo tienen á su turno cierto desarrollo que dá nacimiento á otras pasiones subalternas. La soberbia, desarrollando el instinto de la dominación, se llama *ambición*. El orgullo desarrollando el pesar de la elevación, ó gozo de la caída de otro, que pudiera mirarse como sombra ó rival, se llama *envidia*. La soberbia y el orgullo, desarrollando todas las facultades, para contrariar la supre-

macía de los otros, se llama *rivalidad*; pero cuando no está determinada por estos principios, sinó dirigida únicamente á sobreponerse con derecho, mediante un trabajo bien gobernado, y sin perjuicio de los demás, se llama *emulación*, en cuyo caso no puede figurar como un vicio.

La propensión del placer es la inclinación que el hombre tiene á gozar en todas líneas. Los placeres son de tres clases: físicos, intelectuales y morales, según que se ocasionan originariamente de los sentidos, de la inteligencia, ó de los afectos del corazón. La tendencia al placer se conoce ordinariamente con el nombre de *amor*. Cuando esta tendencia se fija en los placeres físicos se llama *sensualidad ó amor al deleite*; cuando se versa en el orden intelectual, se llama *buen gusto ó amor literario*; cuando se versa en el orden de los afectos, se llama *simpatía, estimación, cariño, afecto, amor*, según el grado en que se encuentre. Ahora bien, si estos varios sentimientos parten de un principio innoble, si se dirigen á un fin reprobado, ó se extravían en su dirección, depravan entonces las inclinaciones, producen el mal y con los hábitos delincuentes forman el vicio. La inclinación así desarrollada, engendra: primero, una voluntad resuelta de adquirir lo que se ama, y esto se llama *deseo*; segundo un juicio de conseguirlo, y esto se llama *esperanza*; tercero, una satisfacción de poseerlo, y esto se llama *alegría*, ó un desengaño de lograrlo, y esto se llama *desesperación*.

La propensión al placer trae por consecuencia la aversión al dolor. En este caso se van formando en el alma varios sentimientos graduales pertenecientes á un mismo género, como la *antipatía*, la *aversión*, el *temor*, el *disgusto*, la *tristeza*, la *melancolía*, &c., &c.

Finalmente; el amor de nosotros mismos, en sus varias ramificaciones y en la diversidad de sus objetos, desarrolla ciertos caracteres, ó forma ciertas situaciones morales, que no son sinó los efectos de nuestras mismas propensiones, ó los medios para llegar á su objeto; *el valor*, por ejemplo, la *osadía*, la *temeridad*, son el concierto ó la exageración de nuestro poder moral en su actividad, para lograr lo que se desea, ó repeler lo que se teme; *el recelo*, *el temor*, *el miedo*, *el cuidado*, la *inquietud*, la *consternación*, no son pasiones aparte, sinó situaciones morales del hombre movido por sus propias pasiones. La vergüenza puede ser el efecto de una secreta humillación causada por la presencia de un objeto que de alguna manera nos abate, aun cuando sea por sola nuestra imaginación; así como el *pudor*, que podríamos llamar *cubierta de la virtud*, es un sentimiento que se articula en el alma por la causa más ligera y en consecuencia de su delicadeza.

La necesidad puede figurar á la vez como causa y como efecto de las pasiones; y estas por lo mismo, para ser bien estudiadas, presuponen un conocimiento de las necesidades diversas que afectan al hombre, y de los estímulos de acción ó pasión interna que á cada paso le presentan el orden físico, el intelectual y el moral; porque la necesidad sigue esta triple ramificación ó á lo menos á ella puede referirse en sus elementos.

Pero ¿dónde tienen su asiento las pasiones? "En el alma, dice Descuret, contestan los fisiólogos; en los órganos afirman los partidarios del materialismo. Si limitando la cuestión se pregunta á los médicos ¿cuál es el *sitio orgánico de las pasiones*? los unos sostienen que es el nervio gran simpático, y otros que es el cerebro."

"Aquí, como en las más de las

cuestiones científicas, se encuentran dos escuelas, ó por mejor decir, dos campos enemigos, más dispuestos á una guerra de exterminio, siempre funesta, que á una reunión benévola que los llevaría con más presteza al sendero de la verdad. En cuanto á mí, que no milito bajo bandera alguna, he reunido, sinó á los hombres, sus trabajos, sus escritos; he observado con atención la luz que arrojaba el choque de sus opiniones, y espectador atento, he creído en esta cuestión fisiológica, percibir la verdad, con la cual no podían dar los distraídos combatientes. No pienso pues, con Bichat y otros célebres fisiólogos, que todas las pasiones sean únicamente del dominio de la vida interior regida por el sistema nervioso ganglionar. Tampoco creo, como Descartes, Gall, Spurzheim y Broussais, que tengan su exclusivo asiento en el cerebro. La observación de acuerdo con el raciocinio, me ha conducido más bien á admitir que las pasiones, que residen en todo el organismo, son transmitidas del cuerpo á el alma y del alma al cuerpo, por medio de los dos sistemas nerviosos que simultáneamente conmueven, con la diferencia de que su contragolpe, si así puedo expresarme, se hace sentir con preferencia, ora en el centro cerebro-espinal, ora en el centro nervioso ganglionar."

"Voy á desenvolver mi idea. El organismo no es solamente el conjunto de los aparatos que componen el cuerpo humano; por esta palabra debe entenderse el hombre vivo, es decir, todos los órganos unidos con el *arqui* director, con el principio vital, ó mejor dicho, con el alma, que les trasmite á la vez el sentimiento y el movimiento por medio de cordones blanquiscos, de conductores medulares llamados *nervios*, y los hace concurrir de es-

te modo á la armonía de todas nuestras funciones.”

“Esto supuesto, ¿cómo es posible que se pretenda hacernos creer que las pasiones residan exclusivamente en el alma ó en el cuerpo? ¿No son ambos necesariamente solidarios en nuestras necesidades, en nuestros deseos, y hasta en la menor de nuestras emociones? ¿No vemos todos los días, por ejemplo, que el carácter de las personas más blandas se vuelve irascible bajo la influencia del hambre ó del estado de enfermedad? Y por ventura el hambre y la enfermedad no son á su vez notablemente modificadas por la pujanza de la voluntad, ó por la violencia de ciertas pasiones, señaladamente del amor, de la ambición y de la avaricia?”

“No nos causaremos de repetirlo: el hombre es esencialmente *uno*: verdad es que su vida se manifiesta por una multiplicidad infinita; pero ninguna de sus manifestaciones es puramente física; ni puramente moral.” Descuret Medicina de las pasiones, parte 1ª capítulo 3º

Las juiciosas observaciones de este autor nos persuaden que la idea de localizar exclusivamente en el alma ó en el cuerpo las pasiones, es á todas luces falsa y aún absurda. Carácter propio de las pasiones es la reasunción de todas las facultades activas y pasivas del hombre en su movimiento hacia los objetos, y en su reacción sobre el hombre mismo. Las pasiones, pues, se complican en todo aquello que puede afectar ó modificar nuestro ser. En consecuencia debemos atender, menos á buscar una localidad común y exclusiva, que á recorrer todo el sistema de las causas que en algún sentido puedan concurrir á formar, robustecer, debilitar, ó extinguir las pasiones mismas.

Si para asignar con la mayor exactitud las causas de las pasio-

nes, hubiésemos de atenernos á las ideas que nos suministra la Ontología sobre la causa y el efecto, difícil fuera en alto grado hablar á este propósito con toda propiedad y precisión. Las causas, como bien se sabe, están distribuidas en cinco categorías: la eficiente, la material, la formal, la ejemplar y la instrumental. El doble carácter que tienen las pasiones, de activas y pasivas, según se consideran en su acción sobre los objetos que las hacen nacer, ó la reacción de ellas mismas sobre el espíritu, produce de suyo una dificultad para poderles asignar su causa eficiente. Los grados de acción que tengan los objetos sobre el alma, comparados con los de susceptibilidad y predisposición de aquella, son más que suficientes para introducir una duda fundada sobre si los objetos son una causa eficiente, ó más bien una causa ocasional de las pasiones.

Por otra parte, éstas, como la experiencia lo acredita se afectan mucho del ejemplo y de la imitación, no siendo cosa rara que el trato más ó menos frecuente con personas apasionadas desarrollen pasiones que de otra suerte no aparecerían. En este caso, nuevo motivo de confusión nos presentarían los objetos, y mayor dificultad pulsáramos para distinguir exactamente las causas eficientes, ocasionales ó ejemplares de las pasiones. Hay más: el orden físico influye notablemente en el orden moral: la constitución, el clima, los alimentos, el estado de salud ó enfermedad etc., etc., todo esto predispone más ó menos al hombre para entregarse á cierta clase de pasiones; y fácil es concebir, en vista de esto, hasta que punto llegaría la dificultad de un clasificación fija y determinada tanto como exacta y precisa, de las pasiones por sus causas, según la categoría en que éstas se distribuyen por los meta-

físicos en un orden puramente abstracto.

El hombre desarrolla sus facultades, no precisamente según las influencias que recibe de la simple naturaleza, sinó de aquellas por donde más le estrechan su educación, sus hábitos, sus circunstancias, y otras muchas relaciones. La naturaleza vá sufriendo con la vida modificaciones muy varias; y no es raro el caso de que bajo influencias extrañas al orden puramente material sufra el hombre transformaciones aun en su sistema físico.

Sale el hombre del seno maternal, como una materia bruta dispuesta para tomar sus formas de la crianza, de la educación y de la cultura. El padre y la madre, al recibir al niño en sus brazos, aceptan ante Dios y la sociedad toda la responsabilidad de su destino sobre la tierra. Ellos pueden formar un ciudadano útil, ó un miembro pernicioso: pueden continuar la cadena de una ascendencia de virtudes, ó de una ascendencia de vicios. El genio, el natural, la índole y los primeros lineamentos del carácter les indican desde luego la materia que cae bajo su acción, la dirección que convenga dar á sus trabajos; mas de ninguna manera da escusas para la pereza, ni razones para el abandono. Es un hecho comprobado por la experiencia más constante, que la educación domina la naturaleza. Si la educación es buena, la naturaleza en medio de sus resistencias tomará un segundo carácter del todo favorable á los designios del Creador. La educación afirma, perfecciona y depura el carácter; corrige los vicios de la naturaleza; domina las pasiones con el gobierno de la libertad.

Para calificar pues al hombre moral, es preciso ante todo tener ideas de su educación, de sus hábitos, y de los ejemplos que han in-

fluído en su carácter. El hábito y el ejemplo se corresponden casi siempre: el segundo es una de las causas que forman el primero. El ejemplo es la moral en acción, las máximas personalizadas en la práctica, y dominando al mismo tiempo el entendimiento y la sensibilidad.

El hombre nada crea; pero puede modificarlo y arreglarlo todo: la naturaleza nada perfecciona por sí misma en el orden intelectual y moral; pero suministra, sí, á la acción laboriosa del espíritu la materia prima, por explicarnos de esta suerte, ó sean los elementos indispensables de virtud y de vicio con el cuerpo y el alma, con el entendimiento, la voluntad y la libertad. Los hombres no nacen y mueren todos á un tiempo: unos vienen después de otros á la vida; y no hay padre, madre, magistrado, gobierno etc., etc., sinó porque el hombre, y sus primeras edades no pueden correr sin peligro, sinó al abrigo de las últimas por donde pasan aquellos que han venido antes al mundo. Ahora bien, la aplicación de todos los medios indicados por la naturaleza, comprobados por la experiencia y asegurados por la conciencia, al desarrollo de todas las facultades del hombre, desde su nacimiento hasta su ingreso en la sociedad, con el objeto de perfeccionar su naturaleza, ilustrando su entendimiento y formando su corazón para la virtud, es lo que propiamente se llama *educación*.

La idea que de ésta acabamos de dar, basta por sí sola para manifestar hasta donde puede llegar su influjo en el orden moral. Tanto es el poder de la educación, que suele cambiar en el hombre hasta su misma naturaleza física, y de ordinario ella previene la suerte que le aguarda en el porvenir de su vida. Las disposiciones más

felices de la naturaleza espiran ante la mano tosca y bárbara de una educación infame, bien así como los más precoces impulsos de las pasiones que empiezan á insinuarse, van cediendo lentamente al delicado, imperceptible pero constante impulso de una educación bien dirigida. De esta suerte no sería difícil ir á encontrar en la educación de cada uno las últimas razones decisivas en la difícil cuestión de su carácter moral.

Mas, ¿de qué modo influye la educación en el hombre, para neutralizar en él las primeras tendencias al vicio, determinar las nobles inclinaciones y convertir su marcha toda en una carrera de felicidad por el sendero del bien? "Una alma sana en un cuerpo sano," fué para los antiguos el gran tema de la educación; y este mismo tema sirvió al profundo Locke de contraseña, para indicar el espíritu que había de dominar en su libro de educación. Pero, ¿este mismo tema no es por una parte redundante, y por otra incompleto? La educación tiene un fin; y la grandiosidad de este fin consiste en que el hombre se salve por su libertad de todas las vicisitudes transitorias de la naturaleza; y bajo este respecto bastaría tener una alma sana en un cuerpo enfermo, ya que no le fuese posible mantener en igual grado de salud á una y otra sustancia.

Por otra parte, una alma sana es una alma perfecta, una alma bien formada, un alma que está ya en posesión de gobernarse por sí misma: en este caso el tipo representaría más bien el fin, que el principio fundamental de una buena educación. Mas es preciso confesar que en el presente caso ni el fin se toca ni los medios se comprenden: en cuanto á nosotros, colocamos el fin de la educación en el fin común de la naturaleza hu-

mana, esto es, en la felicidad bien entendida; consideramos la educación como el resumen de los medios que, puestos en juego, pueden conducir al hombre á su verdadero fin; y pues estos medios vienen á resumirse en los objetos parciales de las facultades humanas, los grandes principios de la educación están cifrados para nosotros en la verdad y en la virtud, las cuales á su turno resumen al hombre interior, que es todo entendimiento y voluntad, y subordinan á estas dos facultades, con el poder de la libertad bien gobernada, todo el hombre exterior, todo el hombre físico, que es todo sentidos y materia animada. La buena educación presupone que el cuerpo sirve á el alma, y en el alma el entendimiento á la voluntad, que la voluntad guiada por el entendimiento, sirve á la libertad, y la libertad á la ley. He aquí el tema de una educación bien entendida.

Pues bien, cuando los primeros años del hombre corren pacíficos bajo el influjo de doctrinas verdaderas, máximas seguras, prácticas prudentes, leyes justas estrictamente observadas, es claro, clarísimo que la parte moral del hombre habrá desarrollado un poder irresistible sobre su parte física, y que todas las influencias de esta como el clima, la temperatura, los alimentos, el estado de salud ó enfermedad etc., etc., no habrán sido parte ni á ofuscar su inteligencia, ni á corromper su corazón; que habrán figurado como enemigos ó aliados, según sus vicios ó virtudes que pudieran impulsarle; pero al fin de la contienda, habrán quedado encadenados ante el poder de una libertad invencible en la verdad y en la virtud.

Aquellos que están encargados de la educación moral del hombre cuentan con dos grandes medios para llevar á cabo tan importante y

noble tarea; los *preceptos* y los *ejemplos*. Cuando entrambos corren á igual paso y obran en un mismo sentido, puede asegurarse el resultado más feliz; más cuando entre la acción de estos dos poderes hay una discordancia más ó menos grande, la moral corre todos sus riesgos; porque el niño y el joven, atraídos por dos fuerzas opuestas, la de la educación y la del ejemplo, más fácilmente son arrastrados á la que favorece á las inclinaciones viciosas, que á las tendencias elevadas. Si el ejemplo es bueno y las máximas son malas, la mejor educación perece; y he aquí porqué esos establecimientos de enseñanza y educación que, obedeciendo á las insinuaciones de un siglo incrédulo y corrompido, contrarían los principios y desnaturalizan las máximas, en pocos meses destruyen la obra de algunos años; y el padre y la madre reciben en sus brazos un monstruo, en cambio de un ángel que habían puesto en esta clase de establecimientos. Viceversa, cuando los principios, las máximas y el gobierno doméstico de la educación son buenos, pero los ejemplos son malos, la grande obra camina con suma lentitud, y de ordinario sucumbe al peso de las dificultades. He aquí porqué la primera obligación de los padres y maestros es mostrarse á sus hijos y discípulos tales como quieren que ellos sean; hablar á sus sentidos con su conducta, después de haber hablado á su espíritu con sus doctrinas y á su corazón con sus sentimientos.

JUAN BERTIS.

San Salvador, noviembre de 1890.

## LA JUVENTUD Y LA VEJEZ.

—Madre: qué es ilusión?

—Una mentira que nos hace sufrir y padecer.

—¿Sufrir y padecer? no lo comprendo; eso, no puede ser.

—¿Te parece un absurdo?

—Madre mía, me parece una gran contradicción.

—Es que tú no comprendes los misterios que encierra el corazón.

—Yo sé que sin hermosas ilusiones sería muy difícil existir.

—Pero ignoras, mi bien, que el desengaño nos puede hacer morir;

y como la ilusión es un ensueño que un leve soplo puede disipar, es preciso que sepas, ángel mío, cuán triste es despertar....

—Yo sueño en muchas cosas halagüeñas....

—Sueñas en un ideal....

—(Y en el amor.)

—En la dulce amistad y en los festines, y nunca en el dolor.

—Pues ¿ya ves? No padezco....

—Te equivocas.

—No puede ser; soy muy feliz, mamá.

—Sé franca: ¿no has sentido muchas veces que la ilusión se va;

que deja en tu redor hondo vacío y que ansiosa deseas alcanzar algo que se evapora y se disipa?....

—¿Por Dios! me haces llorar!

—No me interrumpas. Dime: ¿no has sentido que en medio del festín y del placer te sorprende una angustia indefinible que te hace padecer?;

que entonces quieres regresar á casa y encontrarte en la muda soledad, sola con tu ilusión?... No te acongojes; son cosas de tu edad.

—Pero ¿cómo adivinas?

—Soy anciana

y lo que sientes tú, lo sentí yo: el tiempo vuela y deja la experiencia de la edad que pasó....

Por eso sé que la ilusión más bella á todo el que fascina, hace llorar; porque pasa veloz como un ensueño, y es triste despertar....

—¿Por Dios, no hables así, te lo suplico! lo que dices oprime el corazón.

—Se oprime más al ver desvanecida  
la brillante ilusión.

Entonces, se blanquean los cabellos,  
la vida nos parece un mar de hiel;  
todo, todo se ve color de tumba,  
y la congoja es cruel.

Casi se agota el manantial de llanto,  
y en medio de la negra decepción,  
si solemos llorar, vierten los ojos  
sangre del corazón.

—Pero la sangre es roja, madre mía,  
y el llanto, cristalino y sin color.  
—Pues serán esas lágrimas ardientes  
la esencia del dolor;

lo cierto es que al brotar el alma hieren,  
y las arterias abrasando van,  
como chispas de fuego desprendidas  
de un oculto volcán.

Esas chispas corrieron por mis venas;  
convulsa y delirante me reí.  
Al perder la ilusión, llorar quería,  
y en ronca carcajada prorrumpí.

Así se llora cuando se disipa  
como un ensueño la ilusión fugáz,  
que al hundirse en las sombras del pasado  
roba la dulce paz.

—Pero eso, no es vivir...  
—¡Oh, sí! se vive  
como vive el arbusto en el panteón,  
que siente en ese alcázar de los muertos  
la furia del turbión;

como vive la flor amarillenta  
que vulgarmente llaman *immortal*,  
y casi siempre adorna silenciosa  
el mármol sepulcral.

—¡Ay, madre! no me robes la ventura!;  
soy muy joven, y veo el porvenir  
palpitando en un cielo de ilusiones  
que no me hacen sufrir.

¡Por Dios! no las disipes! son tan bellas!  
Si estoy soñando, déjame soñar.  
Recuerda, dulce madre, que me has dicho  
que es triste despertar.

¡Deja que sueñe! ¡soy tan venturosa  
contemplando mi célica ilusión!:  
ella adormece con sus alas de ángel  
mi joven corazón.

—Duerme...! y que nunca el frío desencanto  
venga y te diga: *esta es la realidad*....  
—Qué lío de venir! tus tristes aprehensio  
son cosas de la edad.

VICENTA LAPARRA DE LA CERDA.

Guatemala, octubre 19 de 1890.

## LAS LEYES Y LAS COSTUMBRES

La idea fundamental del derecho encarnada en la naturaleza del ser inteligente, manifestada en la multiplicidad de sus actos, regla objetiva de todas las facultades y norma segura de las funciones humanas, ha obedecido en cuanto á su determinación á los cambios necesarios y constantes, á los principios y formas de las épocas, á las tendencias más ó menos acentuadas de armonizar las necesidades de la vida con el ideal de la justicia.

De la concepción que impere en el ánimo del legislador, acerca del principio regulador de las acciones del ser inteligente,—depende en gran parte el respeto mutuo, que es base de las relaciones de individuo á individuo, la evolución indispensable, que en las esferas del espíritu es condición de todo progreso y en los lindes de lo temporal se resuelve en toda suerte de comodidades, y la estabilidad bien entendida, para no sujetar al imperio de la arbitrariedad, ni á los dictados de pasiones rastreras los destinos de una colectividad, que por naturaleza han de ser encaminados á la realización de todo bien. Así vemos que formuladas las opiniones dominantes, ya verdaderas ó ya erróneas, con sus ventajas ó con sus inconvenientes, vienen á representar el genio de una época, las tradiciones de una generación y á sintetizar la civilidad de un pueblo.

En la India mezclóse el espíritu

religioso en la organización civil á consecuencia de estar, como sucede en las sociedades primitivas, reunidos el sacerdocio y el ejercicio de la autoridad; esta casta propendiendo á dominar á las otras, fundaba su poderío en la creación de los diversos miembros de Brahma; formuló, para justificar la absorción que ejerciera durante una larga serie de siglos, el llamado Código de Manú, que reglamentaba hasta los detalles más insignificantes de la vida íntima, quedando con ese odioso sistema, sustituido el cuidado del padre de familia con la influencia omnipotente del jefe de la casta.

Las supersticiones de la India y las formas de la vida social, puede decirse son reproducidas con variantes poco notables, en los demás pueblos antiguos. Así entre los chinos, en el primitivo estado, el hombre es el señor y dueño de las cosas, en cuanto puede adquirirlas por el esfuerzo de su brazo ó por la astucia que emplee. Posteriormente á situación tan lamentable sobrevienen la institución del matrimonio y la división en familias; á ese primer paso sucedieron las reformas debidas á los trabajos de Lao-tse y á los preceptos morales de Confucio, que fueron de trascendental magnitud para la organización y adecuado arreglo de aquel histórico pueblo.

En Egipto la sociedad se divide en dos órdenes, los órdenes en clases; y aunque la administración presenta caracteres de regularidad, las ideas religiosas dominantes en la mayoría quedaron en las leyes, como norma de los actos de la generalidad, y siendo la expresión más alta del sentimiento nacional.

Los caldeos, los hebreos y los fenicios obedecen á ese precepto general de confundir elementos de naturaleza opuesta.

Grecia, recibiendo la herencia del

Oriente, abre al espíritu horizontes ilimitados, garantiza las manifestaciones de la libertad, ensancha el campo de la actividad humana por la protección á las industrias, al comercio, á la agricultura y por el grado á que eleva las artes dignifica el pensamiento. Mas todavía en esa antigüedad de la civilización aún no está reconocido el derecho cual debiera; aún Aristóteles sostiene la diversidad de la naturaleza, que hace nacer á unos señores y á otros esclavos; que establece una superioridad del hombre á la mujer, del amo al siervo; aun dice el divino Platón: que naturaleza pone oro en el alma del sabio, plata en el alma del guerrero, hierro en el alma del trabajador. Al establecer tales principios, se nota que el carácter oriental domina las inteligencias.

Roma gobernó al principio ateniéndose únicamente al uso y á la voluntad del imperante; y aunque después fué ley la voluntad popular, acudió á las fuentes helenas para formar ese antiguo monumento que se conoce con el nombre de leyes de las XII Tablas. De esta manera fué como las doctrinas griegas reglaron los derechos y las obligaciones del ciudadano romano. Seguir paso á paso las reformas operadas en la legislación del pueblo-rey, sería trabajo demasiado extenso; pues es concepto generalmente admitido con sobrada razón, que gran parte de los principios que consagró, subsisten en los códigos más adelantados, y que al derecho romano se llega no solo por el conocimiento histórico, sino también por la sabiduría y equidad que forman su más claro timbre.

El advenimiento del cristianismo formó época en el desarrollo del derecho; al proclamar las ideas de libertad, igualdad y fraternidad trastornó el trabajo anterior, y si

luchó hasta el martirio también triunfó hasta lo sublime. Equiparados todos los derechos, extinguidas las artificiales distinciones y establecida la comunidad de origen, otras máximas sucedieron á las anteriores, otra idea fué la dominadora, otras instituciones ocuparon el lugar de las anteriores y se obtuvo un adelanto sin igual.

En los tiempos modernos no han sido inferiores los trabajos: la personalidad está reconocida, la vida humana es inviolable, existe la igualdad ante la ley y la pena se dirige á obtener la enmienda del culpable.

Al llegar á este punto corresponde observar que si el carácter de una nación se encarna en las leyes, debe establecerse hasta donde ha de llegar su acción; ó si por el contrario son más bien las costumbres las que deben subordinarse á las leyes.

En el primer caso, si el legislador no debe más que atenerse á los usos de la generalidad, se dice por los que esto sostienen que se ha obtenido un grado extremo de perfeccionamiento, por cuanto que es la ley, norma por la cual quieren los ciudadanos ser encaminados á obtener sus fines racionales; que si la ley no se adapta á ese estrecho molde, es olvidar que un pueblo no puede ser regido con disposiciones que no cuadren á su estado de cultura, que las reformas aunque lentas se operan en fuerza de la necesidad que claramente las indica; que no puede haber estacionarismo donde exactamente se definen los derechos y las obligaciones de gobernantes y gobernados; que el orden, condición indispensable para la conservación de toda sociedad, se mantiene así constantemente, redundando ésto en beneficio de todos; y por último que la moralidad y el respeto á la justicia, no son producto de la

letra de los códigos ni de las abstracciones de los soñadores, sino de algo más práctico y menos sujeto á cambios: el carácter popular.

En oposición á esa serie de razonamientos se aduce: que subordinar la ley á la costumbre es como sobreponer los errores de lo pasado, á las conquistas de lo presente y éstas á las esperanzas de lo porvenir; que proceder así sería permanecer por ridículos motivos de orden en indefinido estacionarismo; que es mandato de lo que vive la renovación, factor del progreso el cambio, ley del espíritu el movimiento; y que las prácticas sabias corrigen lo existente, moderan lo exajerado y preparan con su influjo los elementos constituyentes de un régimen pródigo en toda clase de utilidades.

La teoría que parece más racional y más conforme al desarrollo científico adquirido en la época actual, toma de ambas opiniones aquella que más adaptable es á la naturaleza humana y se deriva del modo de ser social. Es innegable que la ley que no toma en cuenta los hábitos de la nación á la cual vá á servir de regla de conducta y de garantía de sus facultades, adolece de manifiesta injusticia por una parte, y además será impracticable á causa de que no se operan cambios al gusto de los que legislan; pero también es cierto por otra parte que la influencia de las sanas ideas es causa del desarrollo armónico de todos los elementos; que hay siempre una especie de apego á todo lo antiguo, á las prácticas que se han heredado y que durante largo tiempo se han visto reproducirse diariamente, y que si no se trata por medio de un adecuado procedimiento de extinguir odios profundos, de extirpar pasiones arraigadas, de disminuir la influencia de conclusiones que solo son sostenibles por el tiempo que

han dominado, la evolución que reclama el progreso y el movimiento que exige una ley superior, serían del todo ilusorios, serían algo así como objeto de mera especulación; y siendo esto contrario á la ciencia, atentatorio á la civilización, deben atacarse de frente las malas tendencias, los resabios de añejas doctrinas y las sistemáticas oposiciones, para abrir ancho paso y preparar campo extenso á la idea nueva, á la concepción científica y á la reforma fecunda en beneficio de la sociedad.

Permanecer en el estacionarismo es retrogradar, sostener el servilismo de la ley á la costumbre es desconocer que la perfección es cualidad del ser inteligente, condición indispensable de su desarrollo.

Principio generalmente aceptado es que la ley debe estar un poco más adelantada que la costumbre; y esto es así para que la última, tienda siempre á alcanzar á la primera, y con tal proceder la una avanzando y la otra tratando de identificarse, se obtenga de una manera segura la transformación nacional.

Si en una sociedad, por ejemplo, las instituciones se resienten de costumbres contrarias al derecho, el legislador no cumplirá su misión si por transigir con ellas no busca los medios de corregir los abusos, de morigerar los hábitos mal formados y de cortar de raíz los vicios que imperen.

“Las buenas costumbres han dado lugar á buenas leyes y éstas se han establecido precisamente no para dar impulso á las cosas malas, sino para precaver á los hombres de ellas.” Argumentar que la situación de un pueblo no es propia para las reformas, es una creencia perniciosa, es arrojar en brazos del quietismo oriental, é inferir grave ofensa á la especie humana.

En resumen: ni la indolencia de

los unos ni la extremada movilidad de los otros; ni el prurito de conservar, ni el afán de establecer novedades; uno y otro extremo son perjudiciales, el justo medio debe buscar el legislador, encaminándose en todo caso hacia el adelanto, hacia lo porvenir, no transigiendo con lo presente; pero si preparando los elementos, dirigiendo las actividades, alentando los trabajos, impulsando las mejoras para que el paso de una organización á otra, la sustitución de principios y el perfeccionamiento de la totalidad, sean firmes y duraderos en el tiempo, útiles y convenientes para la ciencia, necesarios para el individuo; que ensanchen el dominio de la verdad, amplíen los horizontes del amor, fortifiquen los lazos de la familia, mantengan el orden social y al sintetizar la época, redunden en beneficio de la humanidad.

VÍCTOR M. JEREZ.

## EN UNA ALTURA.

¡Levanta, oh Sol, levanta la cabeza,  
Del Universo angusto soberano,  
Que agobiada de luz y de belleza  
Hundieras en el férvido océano!

¡Señor del Inca! ¡antorcha luminosa  
Por Dios, lanzada á régia inmensidad  
Para alumbrar guiando la suntuosa  
Creación divina hacia la eternidad!

¡Péndola de los tiempos, destinada  
A medir, de los mundos, la carrera,  
En tu límpida lumbre retratada  
La divina pupila reverbera!

Porque Adán fuese grande, Dios le enciende  
Con un destello suyo: la razón.....  
Y á tí su luz magnífica descende  
Que los espacios sin medida hiende  
Para alumbrar la espléndida creación.

Cuando naciente el día, te levantas,  
Tu diadema imperial deshumbrá al mundo;  
Nubes de oro y de púrpura á tus plantas  
Forman tu trono, emperador del mundo.

¿ tu mirada fúlgida, la rosa  
Abre á la vida su perfume y galas;  
Las aves trinan; linda mariposa  
Despliega al viento las pintadas alas.

Surgen ríos y montes: continentes  
Llenos de pompa y de grandeza ufanos;  
Gigantescos volcanes, cuyas frentes  
Desafían al trueno, soberanos.

Inmensos mares con azul y plata  
Y esplendidos, magníficos torrentes  
En cuyas aguas límpidas retrata  
El iris sus colores réfulgentes.

Y selvas tapizadas de verdura  
Que eternamente la estación respeta,  
Donde una brisa perfumada y pura  
Con orientales sueños acaricia,  
La soñadora mente del poeta.

Dó hasta la ruda mente del salvaje,  
De tal belleza y pompa, deslumbrado  
Imaginó que el lóbrego ramaje  
Que al beso de los céfiros gemía  
Con dulce melodía  
Era un Genio invisible que expatriado  
Los gozos del Olimpo recordaba  
Y entre las verdes hojas se quejaba.

Y cristalinos lagos silenciosos  
Dó al són del remo el pescador confía  
Su amor al bien que adora, entre sollozos  
O con tierna, sentida melodía.

Y templos que del arte los prodigios  
Atestiguan al hombre;  
De cuyo autor perdido ya hasta el nombre,  
Vienen á ser los pálidos vestigios  
De una civilización ya derrumbada  
Só las ruinas de un pueblo sepultada.

Y alcázares de flores decorados  
Dentro la dura peña  
Donde desliza, plácida y risueña,  
La fuente á cuyas aguas, encantados  
Pájaros de lindísimos colores,  
Van, atraídos de frescura y flores.

Colosales volcanes que, orgullosos,  
Surgiendo del abismo  
Con subterráneos truenos pavorosos  
Que de la tierra los cimieutos cavan  
Sobre los valles, hórrido bautismo  
De fuego arrojan y candente lava.

Y sedosas alfombras que matizan  
Seductoras, aligeras serpientes  
Que por la grama rápidas deslizan  
Y al sonoro són de sus vertientes  
Detienen encantadas  
Su marcha y su indomable rebeldeía.  
En lánguido desmayo, subyugadas  
Del magico poder de la armonía.

Y ríos caudalosos, cuyo estruendo  
Asemeja la voz  
Del Dios de las venganzas, conmoviendo,  
El Universo en el instante horrendo  
De su justicia atróz.

Y negras tempestades donde zumba  
El viento aterrador  
Que abre al marino majestuosa tumba,  
De los mares al hórrido fragor.

Y altísimos nevados que no abrasa  
Tu imponente mirada

A cuyas plantas retumbando pasa  
Preniada en truenos la tormenta airada.

Y, aquí.....; no se oye un rumor!.....  
;Apenas vése,  
El trémulo fulgor  
Del rayo que allí abajo resplandece!

;;Dios está aquí!! ;;jamás su gran presencia  
Que llena los espacios sin mesura.  
Se hizo sentir con tal magnificencia  
Cual de esta cima en la grandiosa altura!!.....

ANTONIA GALINDO.

Zaragoza. Mayo de 1883.

## UN LIBRO NUEVO.

ESTUDIOS Y ARTÍCULOS LITERARIOS POR FRANCISCO CASTAÑEDA.

Hasta hoy damos cuenta á nuestros lectores del aparecimiento de la obra del señor Castañeda, por haber confiado el juicio crítico de ella á uno de nuestros estimados consocios, quien por causas independientes de su voluntad no ha cumplido el encargo que se le dió. No queriendo diferir el anuncio de una producción nacional, y como homenaje al mérito, escribimos unas cuantas líneas sin pretender que ellas constituyan un juicio, para cuya formación necesitaríamos tiempo y aptitudes: cosas ambas de que carecemos.

La obra á que nos referimos, está formada de artículos publicados en varios periódicos de los que el señor Castañeda ha sido ya Redactor ó Colaborador, y versan sobre asuntos de distinta índole; ora encontramos en esa colección trabajos en que predomina el análisis profundo del observador atento, el criterio seguro de aquel que mira en los hechos sociales no un producto de irracionales instintos, sino la manifestación del espíritu de progreso, que en las órbitas del arte, de la filosofía y de la moral, encarna y representa todo el movimiento civilizador de un período

histórico; ora nos complacemos al encontrar la frase pulida, el giro luminoso y la concepción acertada al tratar cuestiones literarias, respecto de las que existe antagonismo acentuado entre aquellos que son los llamados á discutir importantes cuestiones de estética; y decimos importantes, porque en nuestro sentir como ya se ha dicho: "la estética manifiesta á los sentidos, bajo la forma de imágenes, lo que la moral revela á la conciencia en forma de preceptos;" porque creemos que encaminándose la humanidad hacia el progreso, moviéndose constantemente hacia nuevas regiones, dirigiendo la vista por horizontes más extensos, realizando sus ideales en campos más espaciosos, y buscando por do quiera el principio de derecho á que ha de ajustar sus actos, imprescindiblemente se llega al arte, que al sacar de su postración á las almas, promueve la corrección de las mil formas sociales; porque es verdad reconocida que allí donde el amor á lo bello no es ley de los corazones y práctica constante de los asociados, ni hay principio duradero ni razón que impere.

Una parte del libro á que aludimos, está destinada á la cuestión hoy dominante del idealismo y realismo en literatura; discusión que fué sostenida por el señor Castañeda y el doctor don Manuel Delgado. Para satisfacción nacional esa discusión fué de las más decentes y cultas de cuantas se han promovido entre escritores del país, y debe ser objeto de estudio no solo por las doctrinas expuestas, si que también por la mesura y juicio con que fué sostenida por ambas partes. Y sea un elogio para la discusión serena, por la manera que en estos buenos tiempos se emplea al debatir cualquiera cuestión, pues parece que se tiene especial empeño en hacer acopio de epítetos

hirientes y de frases descorteses, para dilucidar toda suerte de controversias, sin parar mientes que el sostener una tesis por medio de injurias, acusa falta de talento y carencia de buena educación.

Otro estudio que encontramos digno de especial mención es el que se refiere al ilustre escritor don Juan Montalvo: allí la reflexión atinada, el razonamiento firme y reposado y la admiración que sin descender al servilismo se mantiene dentro de los límites de lo justo.

De este trabajo que tanto nos ha agradado tomamos un párrafo en el cual parece refundirse la individualidad de aquel hombre que era todo un carácter, un tipo sublime de esos que dejan á la juventud fecundas enseñanzas en sus escritos y palpitantes ejemplos de moralidad en todos los actos de su vida.

Al hablar de Montalvo dice el autor del libro á que se refieren estas líneas: "Su acento como el de Tirteo, como el de Juvenal, como el de O'Connell ó Armando Carrel, fué el resumen de las energías morales de su raza, y junto á la nota patriótica, junto al salmo de la libertad, tronaba en él la imponente voz de los volcanes andinos que causados de ser testigos mudos de tantas iniquidades, habían transmitido á aquel extraordinario mortal el poderoso aliento de sus pulmones de fuego." Muy de nuestro gusto sería copiar otros párrafos valientes y acabados que se encuentran en ese trabajo; pero sería extendernos demasiado y privar al lector del placer de admirar el conjunto de ese juicio sobre el gran literato que es honra del Nuevo Mundo.

Al tratar de "Los casos complementarios del pronombre de la tercera persona" revela el autor poseer conocimientos abundantes de Filología, y es lástima que no se haya continuado ejercitando en ra-

mo tan útil é importante, y en el cual aquí en América han adquirido merecido renombre por la solidez de sus doctrinas don Andrés Bello y don Rafael María Baralt, don Rufino Cuervo, don Miguel Antonio Caro y don Antonio José de Irisarri.

Llegados á este punto cesamos en la enumeración de las demás partes del libro, no sea que se nos ataque porque dijimos al principio que no era nuestro ánimo emitir juicio, y que sin embargo estamos faltando á lo que antes protestamos; pero discúlpenos en fuerza de que hemos cedido al entusiasmo que despierta, todo aquello en que se ven ideas buenas en forma elegante y pulera.

Ojalá que los "Estudios y Artículos Literarios" sean leídos y admirados por cuantos se dedican á las labores del pensamiento; ellos son una manifestación ostensible, una protesta solemne contra los que llevados de su ceguedad fincan el progreso en la multiplicidad de medios materiales; ellos indicarán el estado de adelanto que ha alcanzado el país.

Motivo de satisfacción y deber ineludible es para nosotros el anuncio de esta obra nacional; y separándonos de la extraña costumbre que existe de economizar hasta el aplauso, enviamos al señor Castañeda nuestra felicitación, y nos complacemos con los amantes de las letras por el bello ejemplo que se da á la generación á quien están confiados los más caros intereses de la patria.

San Salvador.

EN EL ALBUM DE MILA.

Cuando en mitad de su penoso viaje  
Halla un árbol propicio el peregrino,

Descansa un breve instante á su follaje;  
Y, cual de gratitud recuerdo fino,  
Después de bendecir aquel paraje,  
Graba una cifra... y sigue su camino.

\* \* \*

Así yo, de mi vida en la carrera,  
He llegado á tus puertas, dulce amiga:  
Hallé un consuelo en tu amistad sincera;  
Y hoy, con la gratitud que á ti me liga,  
Pido á Dios por tu dicha verdadera,  
Grabo mi nombre... y torno á mi fatiga

DOROTEO FONSECA.

San Salvador: 28 de agosto de 1890.

## LOS PARASITOS.

Todo el mundo sabe que hay muchos seres que viven sobre otros, ya pidiéndoles tan sólo una parte de sus alimentos, ya exigiendo en el huésped una morada, transitoria ó permanente, ó alimentándose con la sustancia misma del ser en que se alojan, al cual prestan algunas veces ciertos servicios en pago del alojamiento que reciben. Hay parásitos de parásitos: la ballena alimenta en su cuerpo algunos moluscos que á su vez sirven de posada á otros más pequeños, y se sospecha que ni los mismos seres microscópicos que pululan en las maceraciones en que abundan las materias orgánicas están exentos de pagar el tributo de su ser á otros más necesitados. En la naturaleza no existe el vacío: en el fondo mismo del océano, en la pata de una mosca, en los granitos de polen hay espacio suficiente para que se desarrolle la vida, que se manifiesta de mil modos, dando testimonio de la gloria de Aquel que formó de lo que no era el ser y colgó de la bóveda celeste esos grandes luminares, para que sirvan de

guía al hombre en el cómputo del tiempo.

Entre los parásitos más conocidos comencemos por enumerar los que viven en el hombre: el piojo en todas sus especies, el arácnido de la sarna, el botriocéfalo, los ascárides, etc., ya que, de enumerarlos todos, sería la lista demasiado larga. Y ya que hemos citado al piojo, bueno será no echar en olvido que hay muchas especies que viven en diferentes mamíferos, como el piojo de los caballos, el de los cerdos, el de las cabras domésticas y muchos más. Después de los hermosos estudios que los modernos han hecho sobre los parásitos, se puede tener como una verdad, que no hay ser que deje de tener otros inquilinos más necesitados que él para tener necesidad de vivir á sus expensas; habiendo muchos animales que solo viven un poco de tiempo en una morada y después, cuando han llegado á cierto grado de desarrollo, tienen que cambiar forzosamente de habitación hasta llenar el ciclo de sus curiosas trasformaciones á costa de grandes viajes, que no siempre tienen un éxito completo.

La fecundidad de algunos parásitos es prodigiosa. En ocho semanas dos piojos hembras pueden producir la friolera de 10,000 individuos de su especie; siendo de notar que hay animales aun más fecundos, pudiendo asegurarse que en una libra de carne de un hombre atacado de triquinosis se han contado 5,000,000 de triquinas. Tenida en cuenta la fecundidad de algunos parásitos nada tiene de extraño el hecho de que se haya encontrado completamente obstruído por los parásitos el tubo digestivo de ciertos peces. La vida resplandece por todas partes manifestando el poder del Omnipotente.

Puede decirse que la venganza de los débiles está asegurada con-

tra los fuertes: cada ratón que atrapa el gato hace pasar á su cuerpo todo el mobiliario de parásitos que alojaba la víctima, que esperaban tranquilos el momento de ser ingeridos con las carnes de su huésped para seguir en un nuevo alojamiento el maravilloso círculo de sus peregrinaciones. Puede tenerse por cierto que las especies parasitarias que comienzan su vida en una especie víctima han de tener un modo de ser distinto en el animal verdugo. Los parásitos que necesitan estar en animales de especies distintas se alojan en el primero como en un vagón de camino de hierro, y dichos si llegan sin descarrilamiento al lugar de su destino. De allí que, así como los que llegan á su completo desarrollo dejan una numerosa descendencia, los que se extravían tienen que morir sin posteridad.

¿Son nocivos los parásitos en el hombre y en los animales? Hace mucho tiempo que se creía que ellos daban origen á serias perturbaciones en el organismo; mas la ciencia ha demostrado que el parasitismo constituye una de las más hermosas leyes de la armonía en el mundo; y así como el hombre no ha nacido para sí mismo sino para ser útil á los suyos, los animales tienen que servir á sus semejantes. ¿No hormiguean los piojos en muchos animales que gozan de perfecta salud? ¿Acaso los peces no son sino un enjambre de muchas especies parasitarias? Espanta la enorme cantidad de habitantes que se han hallado en un buey que parecía gozar de buena salud. Por otra parte, parece que muchos seres pequeños son necesarios para la vida de los grandes; y así como no tendríamos nunca vinagre sin el *micoderma aceti*, alcohol sin la plantita que origina la fermentación de las materias azucaradas, la conversión de muchos

alimentos en sustancias apropiadas para el sostenimiento de la vida está confiada á algunas bacterias y otros entes microscópicos. Los abisinios, según un viajero, se creen con buena salud cuando tienen la tenia, tomando medicinas para su expulsión tan sólo cuando juzgan que los parásitos se han desmenuado en gran número. Desde que el hombre vive sobre la tierra aloja millones de parásitos y todo ha marchado á pedir de boca.

¿Pueden los parásitos constituir un medicamento? Desde mucho tiempo atrás se emplea la sanguijuela para suplir la sangría. Se nos dirá que la sangría está completamente desterrada de la medicina moderna, por más que pese al doctor Sangredo, aquel médico de que nos habla el autor del *Gil Blas*; más mi respuesta será la de un afamado médico francés: antes se sangraba mucho, lo que era gastar las fuerzas del paciente; hoy no se sangra y aun se ha perdido la manera de sangrar; toda exageración es viciosa, y nosotros quizá estemos destinados á ver el restablecimiento de la sangría, como el de otros medios poderosos que se restauran de la medicina antigua. Un hombre de ciencia ha propuesto el empleo de ciertas pulgas gigantes para hacer sangrías homeopáticas; y ha de llegar día en que en las oficinas de farmacia encuentre el médico parásitos criados ad hoc para las necesidades de sus enfermos.

En los anteriores renglones solo hemos hablado de los parásitos animales; pero no olvidemos que el número de los vegetales parásitos es considerable, contándose entre ellos plantas de gran tamaño como el muérdago, que tanto atraía la atención de Darwin por la manera curiosa de transporte de sus semillas; pudiendo nosotros contar con nuestro *mata-palo*, especie parasitaria

arborescente, tan conocida sobre muchos de nuestros árboles domésticos

El estudio de los parásitos es uno de los más hermosos de la ciencia y muy digno de la atención de los jóvenes estudiosos. Empezándolo se verá que hay, como en todas las obras del Creador, mucha belleza en el piojo que se pasea en la cabeza de las personas poco cuidadosas de su limpieza personal; sus poderosas garras le sirven para asirse de los cabellos y sus demás instrumentos están maravillosamente adecuados para la misión que se le ha encomendado. La nigua es libre en la primera edad y el macho lo es durante toda su vida; y sólo busca un asilo en las carnes cuando se preocupa por su posteridad: su abultado vientre le impediría moverse cuando tiene huevos, pues es muchas veces más grande que el cuerpo en su estado ordinario. Las metamorfosis de muchos parásitos son maravillosas, admirables, siendo una de las mejores demostraciones que pudieran darse de Dios la vida de estos seres que despreciamos con nuestra ignorancia. Dios es grande cuando cria al hombre, los soles y la luz; también lo es cuando arma la pulga con vestido de placas duras para su defensa, como un guerrero que está destinado á vivir de la lucha, de la sangre. "Son hermosas todas tus obras, Señor!"

J. SAMUEL ORTIZ.

San Salvador, noviembre 13 de 1890.

## EN DOS ALBUMS

LA REALIDAD DE UN SUEÑO

A Concha.

"—Yo soy ingénuo. Lo que yo he sufrido por un amor surgido de entre abrojos,

que salva las distancias y el olvido,  
lo pinta en triste y bello colorido  
la lumbre soñolienta de mis ojos.

“Si hondos pesares en mi sien retrata  
la suave palidez que allí se mira,  
es que así quiso Dios; que así nos mata  
el vértigo del ansia que nos ata  
al vago resplandor de una mentira.

“Yo soy violeta . . . De la flor modesta  
copié la sencillez y la dulzura:  
en los cielos se oyó rumor de fiesta,  
y se atavió de aromas la floresta  
cuando nació, entre todas, la flor pura.

“Para el trabajo creada, la pendiente  
de mis anhelos, trabajar me hizo,  
por derramar en el hogar sonriente  
perfume de virtudes en su ambiente,  
y la tranquila luz de un paraíso—”

Así soñé que hablabas, extasiada  
en actitud gentil, junto á la lumbre:  
interrogaba el cielo tu mirada,  
y tenía tu faz iluminada  
de un ángel soñador la masedumbre.

Te conocí después, y he comprendido  
cómo en la sombra brotan claridades.  
La fortuna esta vez me ha sonreído;  
pues, de todos los sueños que he tenido,  
sorprendió, el que te cuento, tus verdades.

### A Lupe.

Tiembla mi mano al empezar. . . . Prescrito  
quedó, desde que hubo almas en la tierra,  
que de la vida en la constante guerra  
cada victoria nos costara un grito.

Captarme tu amistad fué para orgullo  
de mi espíritu, ansioso de lo bueno;  
que hay mucho de alto en tí, suave, sereno,  
como temblar de estrella y como arrullo.

¡Con cuánto afán volamos tras las huellas  
que dejan tras de sí las almas puras!  
En la tierra buscamos las alturas,  
y en el vacío inmenso las estrellas!

¿No comprendiste tú que en lo profundo  
de la desolación que me abatía,  
al rozar tu palabra con la mía  
volví á reconciliarme con el mundo?

Desgraciado de aquel cuyos pesares  
no suaviza el calor de amable seno!  
Oh, almas bellas! removed el cieno,  
y haréis brotar bellezas á millares!

Y eso lo puedes tú. Lupe, en la vida,  
nos suele acometer frío de muerte:  
tu amistad me fué un bien. . . . ¡Aciaga suerte  
la de darte por fin mi despedida!

Pero al decirte adiós, algo he sentido  
que me hace partir triste y satisfecho:  
yo llevo tu cariño dentro el pecho,  
como preciosa dádiva escondido.

PAUL.

Santa Ana. Octubre 30 de 1890

## LITERATURA PATRIA.

Hacer de la literatura una  
palanca que preste impulso á  
la humanidad en su marcha  
progresiva,—he ahí lo que  
está reservado á América, si  
quiere tener una literatura  
que le sea propia.

Torres Caicedo—“*Ensayos  
biográficos.*”

América es la patria de las gran-  
des esperanzas, es la fuente de los  
ideales sublimes,—de las inspira-  
ciones grandiosas. Sus montañas  
gigantescas, en cuyas cimas brilla  
perpetuamente el carámbano; sus  
bosques seculares, donde habitan  
el tigre y el león y cantan en coro  
celestial mil pájaros de arpadas  
gargantas; sus ríos impetuosos, cu-  
yas corrientes arrastran arenas de  
oro y llevan á las ciudades el mo-  
vimiento y la vida de la exhube-  
rante naturaleza; sus océanos que  
ora amenazan con sus tempestades  
implacables, ora arrullan y enamo-  
ran con sus olas tímidas y humil-  
des que llegan á espirar en la alfom-  
brada playa ó la musgosa roca;  
todo ese conjunto maravilloso y  
sublime, no imaginado ni compren-  
dido jamás por ningún sabio del  
mundo antiguo antes del “visiona-  
rio Colón,”—está llamando al crite-  
rio de los sabios y al númen de los  
poetas para que hagan de tanto  
elemento, manantial de progreso y  
de bienestar para la humanidad: al  
sabio para que utilice, y al poeta  
para que cante en estrofas inmor-  
tales las maravillas de esta natura-  
leza paradisiaca,—creando una li-  
teratura que armonice con tan pe-  
regrina grandeza. Por todas par-  
tes se ve, se oye, se siente esa voz,

ese llamamiento general: y á él han respondido inteligencias como la de Bello y Caldas, Heredia, Barral, Valle, y otros más que nos han legado, como gloria imperecedera, monumentos de sabiduría y de belleza, conocimientos y verdades que utilizamos cada día en nuestras necesidades físicas y morales.

Pero esto no basta; para Centre-América, sobre todo, donde las ciencias y las artes han vivido durante largos años en lastimoso abandono; aquí donde la ciencia se había limitado á un reducido número de conocimientos sin trascendencia social, y el arte se manifestaba en versos melancólicos y enfermos que contrastan con esta naturaleza americana donde todo respira salud y vida, donde reina una perpétua primavera y una alegría eterna que hacen imposibles los suspiros y los sollozos. Esto no quiere decir que no hayamos tenido cultivadores de nota en el campo de la idea y del sentimiento. Allí está José Cecilio del Valle, el de las meditaciones profundas y vuelo de águila; José Batres Montúfar, el de la lira de cuerdas de oro y notas de zenzontle americano; Antonio José de Irisarri, el literato eximio y crítico eminente,—que constituyen por sí solos nuestro orgullo y nuestra gloria. Pero la obra está empezada. Hacer de todos esos elementos que forman la naturaleza americana, elementos de progreso y de bienestar para la humanidad, es la obra propia de los americanos, es y debe ser el fin de las ciencias y las artes en el Nuevo Mundo, como dice el sabio.

Si volvemos los ojos al seno de la sociedad, encontramos allí también un asunto propio de los americanos—un cuadro tétrico y sombrío formado por los vicios que nos legara el coloniage, y que nos lleva á consideraciones profundas. Hay una lucha incesante en que á ve-

ces la sombra sofoca la luz y el vicio ahoga la virtud, faltando así á las leyes generales del progreso. La raza indígena, sumida en la barbarie por el látigo del conquistador, ha perdido la conciencia de su propia personalidad, ha olvidado en absoluto la tradición gloriosa de sus épicas batallas en defensa del principio luminoso de soberanía nacional, ha renunciado tácitamente, descorazonada, á los imprescriptibles é irrenunciables derechos del ciudadano; y sobre la raza indígena se levanta orgullosa, pero enferma de excepticismo y de indiferentismo, la clase inteligente formada por los que han visitado y visitan an las aúulas. Se presenta, pues, un cuadro capaz de aterrar á los que no tienen fe en los triunfos de la Democracia, á los que no tienen fe en los triunfos de la justicia, á los que no tienen fe en los triunfos del Derecho; pero que, para quien lleva puesta la inteligencia en el porvenir y anida fe y esperanza en el corazón, ese cuadro es una obra incompleta, un bosquejo, temible si queréis, pero que debe concluirse ó corregirse un día.

Hay pues otro llamamiento á la inteligencia, al cual responden en primer término y sobre todos nuestros pensadores y nuestros artistas: la filosofía alta y profunda de Juan José Samayoa, y la inspiración sublime y patrótica de Francisco Antonio Gavidia. Quien estudie "El Hombre Libre," quien lea los versos y artículos de Gavidia "En el centenario de Bolívar," "El combate secular," "A Centro-América," "A Armodio," "Estudio sobre la idea de Dios," los artículos sobre asociaciones y tantos otros como andan por ahí en las columnas de los periódicos de la capital,—debe comprender al momento que hay en todo ello un sentimiento patriótico de alta trascen-

dencia social. Ah! los versos de Gavidia ora tienen la nota magestosa y aterradora de Nuñez de Arce, ora la entonación sublime y grandiosa de Quintana; ya semejan lluvia que fecunda el corazón de las multitudes, ya la tempestad que se desencadena sobre las injusticias de los hombres.

Bernal, Velado, Bertis, Castañeda, Acosta y otros más, desempeñan también papel importantísimo en la obra común, en la labor intelectual. Y en corroboración de lo dicho, Acosta acaba de dar á luz su "Lira Joven" y Castañeda sus "Estudios y artículos literarios," frutos ambos de la tarea periodística, que entre nosotros es la gran escuela de quien aspira al manejo de la pluma. En seguida vendrán las "Cartas Amorosas" de Gavidia, que darán á conocer á nuestro poeta por esa otra face brillante de la literatura moderna—la novela—que completará las condiciones que en nuestros tiempos debe tener una verdadera personalidad literaria. Los fragmentos de esta novela, publicados por su autor en el "Repertorio," revelan el mérito de la obra.

Hay por ahí también otro joven de inspiración levantada, de principios sanos y trascendentes, de alma noble y generosa, que ha publicado hace poco en Santa Ana, una obra de grande aliento:—me refiero á Ismael Cerna y á su drama "La Penitenciaría de Guatemala." Este será objeto de otro artículo y por eso no he de extenderme más por ahora; la obra exige un estudio especial y ya lo haremos aunque él sea superior á nuestras aptitudes.

Apuntamos, pues, este nuevo paso de la literatura salvadoreña: á la obra ligera y efímera de la prensa periodística, va sustituyendo la obra seria del libro; á los cansados versos eróticos, van sobreponiéndose la oda, el drama, la novela.

La labor literaria es ya una ocupación formal, oficio de hombres de bien, profesión honrosa y noble como en todo pueblo culto y civilizado. Esto es progresar.

ARTURO.

Nueva San Salvador, octubre de 1890.

## HÈROES DE SHAKESPEARE.

### OFELIA

La frente orlada de olorosas flores;  
En el pecho mortal melancolía,  
Y un cielo de candor y poesía  
En sus lípidos ojos soñadores.

La sublime canción de los amores  
En sus labios de aroma y ambrosía,  
Tiéne la seductora melodía  
De una bella canción de ruiseñores.

Ora lanza un suspiro dulce y leve,  
Ya grandes carcajadas argentinas,  
Que de lágrimas guardan un tesoro.

Y si mueve su planta linda y breve,  
Paréceme escuchar notas divinas,  
Delicioso rumor de alas de oro.

### HAMLET.

En la mente, un volcan; en la mirada,  
La cólera sangrienta reprimida;  
El sarcasmo en la boca contraída;  
El amor en el alma desgarrada.

Ruge en su cráneo la tormenta airada;  
Venganza fiera, indómita, encendida,  
Al noble corazón lleva ceñida,  
Como serpiente al árbol enroscada.

Sus ensueños de amor, sus ilusiones,  
Placeres, gloria, porvenir hermoso . . .  
Todo al suelo cayó despedazado.

Y, víctima de recios aquilones,  
En esquite deshecho y tenebroso  
Navega por un mar ensangrentado.

MANUEL REINA.

## LA CIENCIA Y EL ARTE DE LA EDUCACION

### OBJETO DE LA EDUCACION

Al abordar el estudio sobre la ciencia y el arte de la educación, asalta naturalmente al espíritu el primer problema que busca el objeto de tantos y tantos afanes que gastan una suma enorme de energías sociales, persiguiendo el ideal de mejorar las condiciones del individuo y de la familia.

Los trabajos de los padres por salvar á los hijos de las borrascas de la infancia y por inculcarles la mayor suma de nociones prácticas adquiridas con dolorosa experiencia; el celo incesante de los gobiernos por mejorar y fomentar la instrucción pública; los esfuerzos particulares por proporcionar á la juventud los mejores gimnasios para el cultivo de sus facultades; la abnegación de los maestros y profesores por difundir en los retoños de la generación que nace la mayor suma de conocimientos que le preparen á la lucha por la vida; la perseverancia de la prensa en llevar á las masas y al hogar la luz del pensamiento, el pan del alma; todo ese movimiento que revela una lucha incesante, tiene un fin, plantear la mejor educación posible en los establecimientos públicos y privados y adaptarla á las exigencias de cada época y al grado de cultura que va alcanzando cada pueblo.

Buscar el objeto de la educación considerada como una tendencia natural del espíritu hacia el progreso, es tanto como buscar uno de los factores más importantes de la civilización humana.

El hombre, desde su estado primitivo, en los humbrales de la historia, hasta nuestros días, ha ido conquistando palmo á palmo todos los elementos necesarios para su desarrollo físico, moral é intelec-

tual, en relación con sus necesidades fisiológicas y psíquicas, según las diversas fases naturales de su evolución.

La organización social ha puesto en vigor todas sus energías, y largos siglos han transcurrido sin que conociera más virtud que la de la fuerza. Esto no quiere suponer la negación de todo sentimiento noble y levantado en algunos hombres, aun en medio de las sociedades más relajadas, pero en todo caso son las excepciones de su época y no pueden tomarse como ejemplos para juzgar á la generalidad. La verdad es que en todas partes y en todas las épocas, las malas pasiones han preponderado sobre la virtud. Y si tomamos al hombre individualmente, es fácil apreciar siempre el desarrollo de malas inclinaciones preponderando sobre los buenos sentimientos.

Como bien pudiera juzgarse de aventurada esta aserción, investiguemos el desarrollo del sentido moral en el hombre, tomándolo desde su infancia para ver si las condiciones del medio son favorables ó nó á la educación de su carácter y á la formación de su corazón en el ejercicio del bien.

En la infancia son muy marcados los sentimientos egoístas, muy especialmente en todo lo relativo al instinto de conservación. La envidia y la venganza se revelan también á cada paso en una reunión de pequeñuelos. Los primeros indicios de afectos hacia los seres que los rodean tienen todo el sello del interés, según el placer que les proporcionan ó según las personas que tienen que velar por su alimentación. Es muy común el apego de los niños á las personas que más sacrifican á sus caprichos ó su mal genio. Todos los impulsos brotan con ingenuidad, es decir, con violencia y sin disi-

mulo, y sólo el temor de los castigos ó las reprobaciones que puedan imponerles sus padres por faltas de un mismo género es lo que los hace reprimirse, aunque mal de su grado. Estos son los primeros esfuerzos en la educación del carácter, pero generalmente mal dirigida y con poco resultado, porque bien pronto aprenden los niños á disimular delante de las personas que respetan, dejándose llevar de sus arranques de mal genio y de violencia cuando están entre personas indiferentes, tolerantes ó que por un cariño mal entendido les consienten sus faltas.

Si se dejara desarrollar libremente al niño, sin reprobación y sin freno para sus malas inclinaciones, se tendría un modelo pequeño de lo que ha sido el hombre salvaje en su desarrollo natural. Efectivamente, todo lo que sabemos del estado salvaje del hombre primitivo puede reducirse al concepto de la vida animal en todo su vigor. En ese estado los hombres no han conocido ni deberes sociales ni lazos de moralidad alguna. El espíritu de sociedad ha nacido desde que ha considerado su debilidad personal para luchar con las fieras y con los enemigos. El principio de que la unión centuplica la fuerza, ha sido reconocido por las necesidades de la vida nómada y rociada siempre de peligros. La primera organización en sociedad que fué la tribu, obligó á los hombres á modificar sus instintos feroces respecto de sus aliados, pero no así con sus enemigos. El respeto á la vida y á la propiedad de otro, nació del deseo de garantir la propia vida y las posesiones á las que se tenía derecho. Pero en medio de esta organización, el fuerte dominaba al débil, y éste tuvo que recurrir á la astucia y al crimen para sustraerse á la opresión. He aquí en dos palabras el origen de

todas las luchas que ha sostenido la humanidad, hasta que la civilización ha hecho menos amarga la opresión de los fuertes sobre los débiles y á éstos les ha dado más elementos para luchar aunque muchas veces sin éxito. Es que la libre explosión de las pasiones ha sufrido restricciones en el orden roligioso, en el orden moral y en el orden social.

El medio en que se desarrolla el hombre, es el mismo en que crece el niño, y ambos tienen que sujetarse al principio de autoridad y á la ley de las costumbres que les marcan la manera de conducirse y el niño se sujeta por temor á lo que se le ordena y el hombre obra bien por conveniencia las más veces, pues comunmente deja ver las huellas de una herencia secular en sus pasiones, en sus vicios, en su conducta velada por una apariencia de virilidad que no existe, y no existe porque le ha faltado la educación del carácter.

Esta doctrina sobre la persistencia del estado natural aun en medio de la mayor cultura, ha sido perfectamente analizada por los sabios etnógrafos de nuestro siglo y sobre este punto es bien explícito el doctor le Bon en los párrafos que á continuación copiamos:

“Los sentimientos de hostilidad y ferocidad primitivos han quedado fljos por la herencia en nosotros hasta un grado tal, que todos los esfuerzos de la civilización han sido radicalmente impotentes para desarraigarlos. La historia nos enseña que hay muy pocas naciones capaces de dejar trascurrir algunos años sin experimentar la necesidad de precipitarse sobre sus vecinos para tratar de destruirlos, ó si conocen que éstos están más fuertes, ir sobre habitantes de países lejanos para matarlos y pillarlos bajo el pretexto de civilizarlos.”

“Esta necesidad de destrucción

que nos han legado nuestros antepasados, no podría apagarse bastante con las guerras que de tiempo en tiempo devastan á las pueblos. No pudiendo ejercitarla siempre sobre nuestros semejantes, quienes naturalmente se valen de represalias cuando son más fuertes, la desplegamos con los animales. Lo que se llama el placer de la caza, es decir, el placer de reunirse en grupo para ir por mera distracción, á descuartizar un ciervo inofensivo ó cualquier otro animal tan poco peligroso como él, es conocido como una de las más nobles distracciones, una de las que es preciso cultivar entre la juventud. Para el filósofo, el placer que experimenta el cazador al matar un animal, que por lo demás, no está destinado á satisfacer su hambre, y el que experimenta el español asistiendo á las corridas de toros, son simplemente la satisfacción de los sentimientos de ferocidad que la herencia ha propagado hasta ellos, y que no pudiendo ejercerla fácilmente en los hombres se satisfase en los animales. El cazador que pasa un día haciendo sufrir á un ciervo por medio de su jauría antes de descuartizarlo, y el individuo que contempla los sufrimientos de un toro que el toreador ha cuidado de acribillar con heridas antes de darle el golpe mortal, no difieren en nada, á mis ojos, del salvaje que tortura un prisionero amarrado á un tronco, y no comprende tampoco en que el placer del último fuese menos noble que el de los primeros, porque para apoderarse de su prisionero, el salvaje ha corrido algunos peligros desconocidos del cazador y del espectador que acabo de mencionar. El hombre puede ocultar bajo palabras sonoras sus instintos sanguinarios, pero por más que haga, estos instintos son terriblemente vivaces aun en su pecho." (G.

le Bon. Généralité de la lutte pour l'existence).

En otro párrafo de ese mismo artículo, el doctor le Bon afirma que en los niños se encuentra siempre desarrollado el instinto de hacer mal, porque inconscientemente se revela en ellos la fatal herencia de un pasado que tiende á reproducir el estado natural de la humanidad.

"En el niño que repite durante su desarrollo, las fases diversas por las cuales han pasado sus primitivos antepasados, y que no se encuentra bajo el punto de vista de la inteligencia y de los sentimientos, superior á sus ebuelos lejanos, la piedad es un sentimiento absolutamente desconocido y solo el temor de los castigos le obliga á ocultar sus sentimientos de crueldad. Pero son de tal modo poderosos, que no hay perspectiva de castigo que pueda contrapesar al placer que experimenta al llevar á cabo cualquier acto de crueldad, como ahogar á un perro, asfixiar un nido de pajaritos, estropear un animal, repetir algunos golpes al compañero más débil que él, etc.

"En todos esos actos de ferocidad pueril, que los padres encuentran á veces tan encantadores ó consideran como ligerezas sin consecuencia, el filósofo, que ve más lejos, encuentra vestigios de lo que fueron nuestros antepasados durante los tiempos que preceden á la historia, y reconoce que entonces, lo mismo que hoy todavía ¡ah! entré los animales más crules, el más cruel es el hombre." (Dr. le Bon).

En la evolución secular porque ha pasado la humanidad, considerada desde el estado primitivo hasta la cultura actual, es de notarse, que la verdadera educación del hombre no ha sido comprendida sino hasta el día en que las ciencias naturales fijaron su lugar en la escala de los seres y se conoció

mejor su organización, su desarrollo y sus funciones fisiológicas en relación con las facultades intelectuales. Podemos asegurar que hasta ese día fué definida mejor su misión sobre la tierra, que puede reducirse á este principio: procurar su perfeccionamiento individual y el de la especie. Para lograr este fin, préstanle su concurso todas las ciencias, y en cualquiera esfera que despliegue sus fuerzas, allí cumple su destino, siempre que obre con sujeción á las leyes de su propia naturaleza y á las de la evolución social.

Como desde el día en que sacudiera el yugo de la barbarie y se organizara en sociedad, el hombre se encontró en condiciones de sujeción para poder satisfacer sus necesidades con toda libertad, tuvo que recurrir al cultivo de su inteligencia para sustituir por medio de sus obras los elementos que antes le ofreciera la naturaleza. Así nacieron la industria y las artes, y la experiencia secular engendró el empirismo á cuya fuente tiene que recurrirse para investigar el origen de las ciencias prácticas y de observación.

Fascinada la humanidad ante los progresos de las ciencias, concentró todas sus fuerzas en dar el mayor enanchamiento posible á la cultura intelectual, y los establecimientos de instrucción primaria, secundaria, profesional y artística llegaron á una perfección admirable. Pero preciso es confesarlo, se procuraba la instrucción mutilando al hombre en una de sus más importantes facultades, la voluntad, y se dejaba al sentimiento florecer de una manera silvestre. Esto ha dado por resultado una de las mayores aberraciones en el progreso humano, y es que el hombre se ha ilustrado, pero como un fruto fatal de su herencia necesitaba víctimas para satisfacer sus pasio-

nes de crueldad y las ha encontrado en la mujer. El cuadro que pinta le Bon, haciendo un paralelo entre el salvaje y el torero, es menos repugnante que el que presenta el hombre degradado moralmente á los piés de una mujer á quien maltrata por gusto y luego acaricia para adquirir nuevos derechos sobre su esclava. La apreciación será dura, pero es la verdad sancionada por la observación de cada día.

He aquí el objeto que debe llenar la educación que trate de rehabilitar al hombre, emancipándolo de esa terrible tutela del pasado. La instrucción puede engrandecerlo y darle elementos poderosos en la lucha por la existencia, pero también aspira á la felicidad y ésta solo podrá conquistarla en lucha abierta con sus pasiones. Esta es la obra de la educación del carácter y de la educación moral que debe cultivarse desde el hogar.

El hombre más digno de respeto no es el que mejor sabe afrontar los peligros, sino aquel que ha sabido ser libre subyugando sus pasiones. El pueblo que quiera ser verdaderamente grande, debe procurar el cultivo de los buenos sentimientos desde la infancia y educar el carácter para imprimirle un sello característico á la raza. A la sombra de un espíritu sereno, de un carácter firme y de un corazón generoso, la familia crecerá lozana y vigorosa, tanto del cuerpo como del alma, y el pueblo que consiga esto, será el primero en haber realizado el ideal del progreso, porque habrá conquistado la verdadera felicidad, tal como puede concebirse en el estado actual de nuestra civilización, y cuyo fin debe conspirar una educación bien comprendida en el sentido más lato de la palabra.

JESÚS DÍAZ DE LEÓN.

## NOTAS.

DOS PALABRAS: — Con la satisfacción sincera que siempre nos ocasiona el buen aprecio que de las Letras centro-americanas se hace en el extranjero, damos publicidad hoy á la honrosísima carta que el eminente literato peruano don Ricardo Palma, ha dirigido al poeta salvadoreño don Vicente Acosta, con motivo de “*La Lira Joven*,” ó sea la obra, recientemente publicada, en que están contenidas las poesías de éste. Con igual congratulación reproducimos, consecutivamente, el interesante artículo que, sobre la misma obra, ha publicado en las columnas de “*El Perú Ilustrado*” la distinguida escritora, peruana también, doña Clorinda Matto de Turner.

Ambos escritos, cuyo conocimiento lo debemos á la condescendencia de un amigo íntimo de nuestro poeta, refluyen en honor de la literatura patria; y aunque la modestia del señor Acosta se resienta de su publicidad, nuestros lectores no podrán menos que verlos como justos galardones para el poeta, y como un eficaz estímulo para los jóvenes talentos literarios que hoy se levantan.

Hé aquí, pues, los dos documentos anunciados:

Lima, octubre 2 de 1890.

Señor don Vicente Acosta.

San Salvador

Mi estimado poeta:

Recibí ayer su precioso libro, y lo felicito por él.

Es un *mentis* á los que propalan que la poesía se vá, y que la prosa se ha en señoreado de los espíritus.

Mucho y muy bueno nos promete la Musa que á usted inspira. Diré á usted con mi amigo Gavidia:—el hombre madura como las uvas, y entonces se produce el buen vinó.

Usted, para mí, pertenece al número no de los llamados sino de los escogidos. No es usted uva que se conserva siempre agraz, sino uva que ha de madurar y ser dulcísima. Más que vino, dará usted néctar delicioso.

Acepte usted la enhorabuena más cordial de este viejo borroneador de

papel, y créame muy suyo sincero apreciador y amigo afectísimo.

RICARDO PALMA.

—BIBLIOGRAFÍA.—*La Lira Joven*—1890—*San Salvador*—*Imprenta Nacional*, calle de la Aurora núm. 12. En 4º con 333 páginas, fina impresión.

Tenemos delante un precioso volumen de las condiciones anotadas y en cuyo elogio nos bastaría citar el nombre del autor suficientemente conocido de los lectores de *El Perú Ilustrado* por la multitud de trabajos que hemos reproducido, aún antes de que Vicente Acosta nos dispensase el honor de su colaboración directa.

El título cuadra bien al precioso libro, porque es jóven, vigorosa y fecunda para las letras la lira que pulsa el jóven vate á impulsos de un corazón de 23 años, todavía con la pureza de los primitivos sentimientos sin el egoísmo, sin la hiel que los años y los hechos hacen caer gota á gota sobre las cuerdas del arpa hasta arrancarle quejidos de dolor como lanza Victor Hugo despues de *Sedán*; gritos terribles como los de Byron en su *Don Juan* ó de profunda duda como los de Shakspeare en *Hamlet* y *El Rey Lear*, cuando exclama:

¡Estalla corazón, estalla!

La lira joven entona cantos de esperanza al través de los sueños de rosa de la juventud; evoca recuerdos de la escasa senda recorrida donde sólo vislumbró guedejas doradas y miradas de cielo y besos virginales; y si se eleva al infinito con el caudal del águila es para ensalzar la libertad, la fraternidad, ideal humano que como dije, no lleva la planta ensangrentada por las zarzas de las cumbres donde conduce el viaje de cuarenta años, ni ha bebido el caliz amargo de la hipocresía de la ingratitud y el egoísmo.

*La lira joven* es libro que así refrescará los corazones carbonizados al calor del desengaño, como derrama ambrosía en los espíritus adolescentes. Yo he escuchado, al leerle, el timbre de ricas perlas caídas sobre platillo de oro, y evocando también dulcísimos recuerdos de años que el sepulcro encerró en el gran cementerio del tiempo, he suspirado diciendo con el cantor de *El año terrible*:

juventud, juventud, dichosa juventud porque podéis amar y creer! . . . .

Hasta aquí no he entrado á un análisis del libro de Vicente Acosta porque mi propósito no es el de consagrarle un juicio, para el que necesitaría tiempo y tranquilidad de que al presente carezco. Quiero señalarlo ante la juventud estudiosa de mi país como una obra de sobresaliente mérito; á la vez que acuso recibo al autor por el ejemplar que me ha remitido, y en honor suyo reproduzco en seguida los concienzudos conceptos emitidos en el prólogo por otro escritor jóven, inteligente y de vigoroso cerebro como es Francisco Gavidia, conocido por los lectores de este semanario.

CLORINDA MATTO DE TURNER.

(De El Perú Ilustrado.)

#### EN EL GENERALIFE.

Sobre feraz montaña, defendido por los árboles mil de la ladera, *Generalif* se esconde, cual si fuera de amor eterno misterioso nido

En su vergel, espléndido y florido, al blando són del aura lisonjera, tras las luchas del mundo . . . ., quién pudiera dormir el sueño del mayor olvido!

Nada en su bosque, para encantos hecho, turba los míos . . . ! ni el tenaz insulto, gárrula voz del odio y del despecho! ¿Quién al mirar su mágica hermosura, símbolo del placer, no rinde culto á todos sus ensueños de ventura?

CARLOS FERNÁNDEZ SHAW.

DESCUBRIMIENTO ARQUEOLÓGICO.—En las obras que se están practicando en el Mercadal de Gerona, España, frente á la puerta principal de la iglesia, para la construcción de una cloaca, se ha hecho un importante hallazgo que suministrará nuevos datos para la historia de dicha ciudad.

El resultado de éste ha sido que á una profundidad de tres metros se encontraron tres sepulturas romanas, tres de ellas trabajadas en piedra y las restantes de material de obra, cubiertas de tégalas.

Dichas sepulturas, dada la forma característica de las tégalas y por la ar-

quitectura de las tapas de las que se allan en descubierto, se han calificado de romanas correspondientes al siglo IV ó V, llamando poderosamente la atención las dos sepulturas de alfarería que se allan cubiertas con grandes baldosas, cada una de ellas teniendo impreso, al parecer, con la mano, lo que podríamos llamar marca de fábrica; esas baldosas tienen aproximadamente 25 decímetros cuadrados por 6 centímetros de grueso.

Es de notarse que no todas las sepulturas están orientadas de la misma manera, pues unas están de cabeza á Poniente, mientras otras lo están á Mediodía, y que hoy por la construcción de las mismas se ve que las hay de cuatro órdenes distintos.

PULSACIONES DE CORAZÓN.—El Dr. N. B. Richardson, el médico de fama de Lóndres, cuenta de la siguiente manera una de sus demostraciones á uno de sus discípulos, que elogiaba una bebida alcohólica.

“Quiere Vd. hacerme el obsequio de tomarme el pulso, según estoy de pie?”

Así lo hizo. Dijo: Cuente Vd. con cuidado; ¿qué dice?”

“El pulso de Vd dice setenta y cuatro.”

Entonces tomé asiento y le pedí que lo volviese á contar. Lo hizo y dijo: “Su pulso ha bajado á setenta.”

Entonces me eché en un sofá, y dije: “Vuévalo Vd á tomar.”

Contestó: “Pues ahora solo es de setenta y cuatro; ¡es cosa extraordinaria!”

Entonces le dije: “Al acostarse Vd. por la noche, ese es el medio que tiene la naturaleza para proporciónarle descanso al corazón. Lo ignoramos por completo, pero el órgano vital está descansando dentro de esos límites; y si se saca la cuenta se verá lo importante que es, puesto que al estar acostado, el corazón da diez latidos menos por minuto. Multiplíquese eso por 60, y son 600; que multiplicados por ocho horas dan 5,000 latidos, menos una fracción; y como el corazón está expeliendo 6 onzas de sangre á cada latido, la diferencia representa levantar 30,000 onzas durante la noche.

“Cuando me acuesto por la noche sin haber tomado alcohol, ese es el descanso que encuentra mi corazón. Pero cuando se toma vino ó licores no tiene

el mismo descanso, puesto que el alcohol tiende á aumentar el número de las pulsaciones, y en lugar de descansar, á veces se aumenta su tarea hasta 15,000 pulsaciones, además de las normales, y el resultado es que al levantarse se siente uno estropeado é incapaz para todo trabajo.

### LAS TRES CANCIONES.

(BALADA DE HULAND).

#### I.

En su feudal castillo así exclamaba  
El altivo señor:—“Mis trovadores,  
Entonad vuestros cánticos mejores:  
Mi mano vuestro esfuerzo premiará”—  
Sale de en medio de la turba aquella  
Un trovador de fúlgida mirada:  
A su costado ciñe fuerte espada . . . . .  
Cuán arrogante en su impaciencia está!

#### II.

—Conozco tres canciones: la primera  
En lúgubre festín ha resonado:  
En sangre de mi hermano te has bañado  
Que venganza me pide sin cesar,  
He improvisado la canción segunda  
Al solemne rugir de la tormenta:  
Hoy he venido á demandarte cuenta,  
Y en tu sangre mi sangre he de vengar.

#### III.

Trémulas de furor, ardiendo en ira  
Agitaron la espada sentiente,  
Y el altivo señor cayó expirante  
A las plantas del joven trovador.  
—“Escucha la tercera.... la más bella....  
Bañado mueres en tu sangre impura,  
Mientras llena mi oído la dulzura  
Del postrimero canto vengador.

ANTONIO SELLÉN.

—NUÑEZ DE ARCE prepara un nuevo poema, titulado “*El Rey del Mar.*” Cantará en él las glorias de Peral.

Creemos ésta una buena noticia para los admiradores de “el príncipe reinante de los líricos españoles.”

---

### MISCELANEA.

---

El eminente escritor filosófico doctor don Juan Bertis, se ha dig-

nado honrar las columnas de “La Juventud Salvadoreña” con el interesantísimo estudio sobre *Las pasiones*, que en el lugar preferente de este número colocamos.

Rendimos al señor doctor Bertis, las gracias más expresivas por esta prueba del aprecio con que distingue á nuestra Revista, y nos permitimos la libertad de esperar nuevas colaboraciones tuyas para honra de esta misma publicación.

También publicamos gustosísimos las inspiradas poesías que la señora doña Vicenta Laparra de la Cerda y la señorita Antonia Galindo, se han servido destinar á las columnas del presente número; y deseamos nos favorezcan más á menudo con sus interesantes y deseados trabajos poéticos.

La misma excitativa hacemos á todas las amantes de la literatura, que quieran colaborar en “La Juventud Salvadoreña.”

“La América Científica é Industrial” importantísima publicación norte-americana, visita, desde hace algún tiempo, nuestra mesa de redacción. Su último número, correspondiente al mes en curso, trae un selecto y variado contenido, que deberá interesar sobremanera á todos los amantes de la ciencia.

Agradecemos, pues, la generosa puntualidad de este colega, y recomendamos su lectura al público ilustrado en general, y á la juventud estudiosa en particular.

También nos honran con su cange otras muchísimas publicaciones de que seguiremos dando cuenta en los números próximos.